

Sábado XVI del TO
Ciclo B



27 de julio de 2021
Jr 7, 1-11
Sal 83
Mt 13, 24-30
P. Eduardo Suanzes, msp

La imagen de la cizaña en el sembrado se ha hecho proverbial en nuestra lengua, hasta el punto de que la parábola evangélica nos resulta transparente: se entiende perfectamente. Dos cosas no se han hecho proverbiales y hay que subrayarlas y que parece que no tomamos muy en cuenta: a) Que hay poderes empeñados en malograr la buena cosecha que se aprovechan de momentos de descuido o descanso; y b) Que hay que contar con la cizaña con paciencia y lucidez¹.

Jesús introduce su parábola diciendo que el sembrador siembra «buena» semilla en el campo. Este adjetivo «buena», aparentemente superfluo, en realidad nos predispone para la sorpresa, porque de noche llega el enemigo. La presencia de malas hierbas en un campo es cosa normal². El rasgo peculiar de la parábola es que se atribuya a un enemigo, también sembrador, que actúa clandestinamente (pues Jesús dice que actúa «mientras dormían»). La toxicidad de estas malas hierbas le viene de un hongo que albergan con frecuencia.

La cizaña tiene fuertes raíces, entrelazadas con las del trigo, y, al arrancarla, podría arruinarse el trigo al mismo tiempo. Es imposible eliminar lo malo sin daño de lo bueno. En el reino hay que tolerar la presencia de lo bueno y lo malo, como Dios la tolera en su creación respetando la libertad de los hombres. Hasta la cosecha hay que tener paciencia y dejar que crezcan juntas. Los oyentes de Jesús entendían claramente que el enemigo es el diablo, el dueño es Dios, los siervos son los fieles, que la siega es el juicio y los segadores los ángeles: son representaciones claras en el imaginario judío.

La cizaña se manifiesta cuando el trigo da fruto, pero Jesús corrige las expectativas de juicio sobre ellas que tienen los obreros del campo, sus fieles: este juicio no se realizará inmediatamente.

En una primera aproximación podríamos pensar que la parábola de Jesús se refiere a la cizaña instaurada en Israel. Pero, parece que el recuerdo de esta parábola de Jesús sale en Mateo refiriéndose a la comunidad primera cristiana y que hablase de la aparición del mal

¹ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del peregrino. Edición de Estudio. Vol.III. Nuevo Testamento*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra) 1997

² Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981

en ella. Aquí residiría, en tal supuesto, la intención última de Mateo³: la cizaña que ha crecido en la comunidad cristiana.

Es de notar que el enemigo sembrador siembra de noche, cuando está desprevenido el siervo de Jesús, es decir, su discípulo, cada uno de nosotros. Y es que esa es la actuación típica y propia del diablo, llamado «*padre de la mentira*» por el mismo Jesús. La actuación preferida de él no es hacerlo con fenómenos y actuaciones rimbombantes, evidentes, claras, objetivas....Nada de eso. A él le gusta la mentira, y por tanto, la sutileza para engañar. El arte del demonio es inducir al pecado con la verdad: esa es su obra maestra. De ahí lo sutil de su actuación, lo a veces irreconocible de su forma de ser y presentarse en la comunidad. Eso es actuar de noche, a escondidas, sin que nadie se dé cuenta.

Sus actuaciones más certeras no son fácilmente reconocibles y aparecen cuando el mal ya está hecho, asumido y difícilmente la persona puede escapar de él..., sin ayuda, claro. Porque el Espíritu Santo vence cualquier cizaña que haya instalado sus raíces en nuestro corazón.

La forma más genuina y certera para adivinar la presencia del diablo es preguntarnos si lo que se me propone en el corazón me curva sobre mí mismo o no; es decir, si me sitúa en alguna de las tres tentaciones que tuvo Jesús en el desierto: el «hacer prodigios» y alimentar mi corazón de otros alimentos que no sean la Palabra de Dios; el deseo de ser visto y admirado, aplaudido y reconocido; y el deseo de poder, de dominación de control sobre los que me rodean. Estas tres tentaciones tienen como centro mi falso yo egoísta y el diablo es experto en ocultarse proponiéndole verdades y actuaciones incluso aparentemente muy buenas, pero que al final lo ponen en el centro, que es el lugar deseado y preferido de mi falso yo.

Ese es el sembrar de noche que a él le encanta. Al diablo le encanta, es su principal papel y lo ejecuta a la perfección, vestirse de ángel de luz, de bondad y de verdad. Lo único que tiene que hacer es “rascar” a mi falso yo para que se oriente a lo que me propone.

³ Cfr. LUZ ULRICH. *El Evangelio según San Mateo. Vol. II*. Ed. Sígueme. Salamanca, 2001